

En aquellos que se dejan guiar por el Espíritu, este mismo Espíritu se hace regalo para el Abbá y Jesús. *“De donde, como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en Dios, está dando a Dios al mismo Dios en Dios, y es verdadera y entera dádiva del alma a Dios”* (LB 3,78). Los que aceptan ser morada de Dios y *“ven que verdaderamente Dios es suyo”* (LB 3,78), se convierten en una caricia de Dios para los enfermos, los necesitados, los pobres, los pequeños de la tierra.

El dinamismo del Espíritu, *“más interior en cada uno de nosotros que lo más íntimo nuestro”* (San Agustín), lleva a la persona a dirigir la mirada de su corazón a Dios, para darse por entero. *“Y así dale a su Querido, que es el mismo Dios que se le dio a ella. En lo cual paga ella a Dios todo lo que le debe, por cuanto de voluntad le da otro tanto como de él recibe”* (LB 3,78).

El alma le da a Dios *“el Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, para que en él se ame como él merece”* (LB 3,79). *“Dando todo lo que él le había dado para ganar el amor, que es dar tanto como le dan”* (LB 3,79).

Dios se alegra de los primores que nacen de la persona, *“y los toma con agradecimiento”* (LB 3,79). *“En esa misma dádiva ama él de nuevo al alma, y en esta reentrega de Dios al alma ama el alma también como de nuevo”* (LB 3,79).

“Todo lo mío es tuyo, también lo tuyo es mío” (Jn 17,10). Así ora Jesús al Padre en el evangelio de Juan. Todo y todos, especialmente los más necesitados de la tierra, son del Padre, son del Hijo, y, en el Espíritu, son también de los íntimos de Dios. *“Entre Dios y el alma está actualmente formado un amor recíproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos... los poseen entrambos juntos”* (LB 3,80).

La belleza del misterio habitado por el Espíritu se convierte en primor del amor. *“Aquí ama el alma a Dios, no por sí, sino por él mismo; lo cual es admirable primor, porque ama por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman”* (LB 3,82). A la red de egoísmos, le sale al encuentro la solidaridad del amor, a favor de la vida en sus múltiples formas.

La alegría, que deja el Espíritu en todo lo que toca, se transforma en primor de gozo. *“El alma goza a Dios por el mismo Dios”* (LB 3,83).

La intimidad, que regala el Espíritu, se asoma en el primor de la alabanza. *“Ve el alma que para su alabanza la crió Dios”* (LB 3,84).

El perfume, con que el Espíritu ha llenado toda la casa, se extiende en primor de agradecimiento. Todo lo que recibe es gracia. *“Esta es la gran satisfacción y contento del alma: ver que da a Dios más que ella en sí es y vale”* (LB 3,80).



“TU LUZ, SEÑOR, NOS HACE VER LA LUZ” (Sal 35,10)

La musicalidad de las palabras que tejen el corazón. *“Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto”* (Jr 17,7-8)

“Preguntaron al Amigo: ¿Adónde vas? Y respondió: Vengo de mi Amado. ¿De dónde vienes? Voy a mi Amado. ¿Cuándo volverás? Me estaré con mi Amado. ¿Qué tiempo estarás con tu Amado? Todo el tiempo que serán en él mis pensamientos” (Ramón Llull).

1.- En las manos de Dios

Las profundas cavernas del sentido

Nos podemos mirar en muchos espejos, pero algunos nos devuelven una imagen equivocada de nosotros y del camino que lleva a la unión con Dios. Quien no quiere, por encima de todo, el bien del ser humano, es un guía ciego. *“Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el mismo hoyo”* (Mt 15,14). Las palabras de Jesús muestran su actitud liberadora hacia toda la humanidad; El es el guía que permite salir de la opresión hacia la libertad de los hijos de Dios: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8,12).

San Juan de la Cruz, que ha hablado con dureza de algunos maestros espirituales como guías ciegos, se refiere también al demonio y a la misma persona como guías ciegos. *“El demonio quiere que, como él es ciego, también el alma lo sea”* (LB 3,63). Su pretensión es sacar a la persona de la soledad para que no perciba tan delicada audición, sacarla del recogimiento, donde obra el Espíritu Santo.

Por su parte, *“el alma, no entendiéndose, ella misma se perturba y se hace el daño”* (LB 3,66). El forcejeo entonces entre Dios y la persona es inevitable. “Y

acaecerá que Dios esté porfiando por tenerla en aquella callada quietud, y ella porfiando también con la imaginación y con el entendimiento a querer obrar por sí misma” (LB 3,66). A la persona le cuesta entender que “Dios la lleva en sus brazos” (LB 3,67), que Dios es “como un águila que incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, despliega sus alas, los toma y los lleva sobre su plumaje” (Dt 32,11). Aquí la pasividad es la mejor actividad: “Aunque camina al paso de Dios, el alma no siente el paso. Y, aunque ella misma no obra nada con las potencias de su alma, mucho más hace que si ella lo hiciese, pues Dios es el obrero” (LB 3,67). Porque “las palabras de la sabiduría óyense en silencio” (Si 9,17), Juan de la Cruz aconseja ir arrimados a quien es el guía verdadero: “Déjese el alma en las manos de Dios y no se ponga en sus propias manos ni en las de esotros dos ciegos, que, como esto sea y ella no ponga las potencias en algo, segura irá” (LB 3,67).

2.- Con el Espíritu viene la alegría

Que estaba oscuro y ciego

El Espíritu es el gran artista de los interiores. Gracias al Espíritu la persona tiene intimidad, recogimiento, profundidad, claridad. El Espíritu pone luz en la casa, enciende el fuego del hogar. Sin esta luz, la persona “está a oscuras” (LL 3,70), “ignorante de tantos bienes de Dios” (LB 3,70); “esle imposible alzar los ojos a la divina luz, ni caer en su pensamiento, porque no sabe cómo es, nunca habiéndola visto. Y por eso, ni la podrá apetecer, antes apetecerá tiniebla, porque sabe cómo son, e irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla” (LB 3,71). El Espíritu alumbra con su riqueza nuestras ignorancias (cf Eclo 51,26), nos lleva de “un abismo de luz a otro abismo de luz” (LB 3,71).

Con el Espíritu entra la alegría en el ser humano. La gracia llama a la gracia y “la luz de Dios y del alma toda es una” (LB 3,71). Sin la presencia del Espíritu no nos damos ni cuenta de que las oportunidades están ahí; los árboles no dejan ver el bosque. La persona no tiene capacidad para manejarse con verdad en medio de las cosas; forma parte del sistema injusto, que favorece toda clase de egoísmos y opresiones, sin saber que lo hace. “¡Oh, quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son!” (LB 3,73). Quienes se dejan llevar por el viento de Dios se sienten interpelados por los gritos de sus hermanas y hermanos que piden ayuda. “Porque, para acertar a juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y gusto (el egoísmo) fuera, y no las ha de juzgar con él; porque infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios” (LB 3,73).

El Espíritu aporta lucidez a la persona para enjuiciar la realidad y dispone a participar en los talleres donde se cuida de la vida: el Espíritu es creador y suscita

personas creadoras. Sin el Espíritu, la creatividad se esfuma. “Hay algo peor que tener un alma perversa; y es tener un alma acostumbrada” (Péguy). “Las cosas más bajas tendrán por gran cosa; y las que son máspreciadas y más altas para el espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun a veces las tendrán por locura” (LB 3,74). El saber, que da el Espíritu, resulta una locura para los que no tienen más horizonte que la vida de este mundo. “El hombre de tejas abajo no percibe las cosas de Dios; son para él locura, y no las puede entender” (1Cor 2,14).

Gracias a la acción del Espíritu, Juan de la Cruz es testigo del cambio espectacular que se ha producido en la interioridad del ser humano; el corazón, tejido con hilos de Evangelio, está de parto. Ya solo queda dejarse llevar adonde el Espíritu quiera. “Este sentido del alma que antes estaba oscuro sin esta divina luz de Dios, y ciego con sus apetitos y afecciones, ya no solamente con sus profundas cavernas está ilustrado y claro por medio de esta divina unión con Dios, pero aun hecho ya como una resplandeciente luz él con las cavernas de sus potencias” (LB 3,76).

3.- Nada se les queda entre las manos

*Con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido*

La casa del Espíritu ya no es un lugar cerrado, es una casa abierta, con flores en las ventanas donde se respira libertad. De ella se sale para el anuncio, a ella todos pueden entrar porque la puerta está abierta y el pan está en la mesa para quien necesite comer. La persona es ahora un icono de la Trinidad, en la que se da “al Amado la misma luz y calor de amor que reciben” (LB 3,77). Estas personas que reciben las confidencias de Jesús “son siempre aficionadas a dar, mucho más que no a recibir. Aun con el mismo Criador les acaece esto” (Santa Teresa). Nada se les queda entre las manos. Son como una fuente que mana y que corre sin parar, para dar vida. “Porque aquí, de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo ha dado con los mismos primores que él se lo da; como el vidrio hace cuando le embiste el sol, que echa también resplandores” (LB 3,77).

El paisaje es precioso. La persona, bañada en luz, la irradia con extraños primores, con los primeros amores, con las más bellas flores de la primavera. “Conforme al primor con que el entendimiento recibe la sabiduría divina, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma, porque no lo puede dar sino al modo que se lo dan” (LB 3,78). “Y según los primores de los atributos divinos que comunica allí él al alma de fortaleza, hermosura, justicia... son los primores con que el sentido, gozando, está dando en su Querido esa misma luz y calor que está recibiendo de su Querido” (LB 3,78).